

ESTUDIOS FISIOLÓGICOS.



Ejercicio del gusto.

MEDITACIONES GASTRONOMICAS

Ó FISIOLOGIA DEL GUSTO.

Bajo el precedente epígrafe, ha escrito un sabio, que se opone á revelar su nombre, una série de artículos acerca del gusto, en los cuales, además de decir cosas muy buenas, ha dado visibles señales de su vasta erudición; los límites y la índole de nuestro semanario no permiten consagrar íntegro todo el texto de la obra en cuestión, pero publicaremos algunos trozos, en los cuales intercalaremos sucesivamente la gran série de curiosidades y reflexiones de dicha obra. Después de un prefacio, donde el autor indica el plan que se propone seguir y las razones que ha tenido para emprender esta publicación, procede desde luego á sus meditaciones gastronómicas de la siguiente manera.

MEDITACION 1.ª

DE LOS SENTIDOS PUESTOS EN ACCION.

Si es permitido dejarse ir por la imaginación, hasta los primeros momentos de la existencia del género humano, también es permitido creer que las primeras sensaciones han sido puramente diversas, es decir, que se ha visto sin precisión, se ha

Octubre 31 de 1852.

oído confusamente, se ha oído sin elección, se ha comido sin saborear, y gozado con brutalidad.

Pero todas estas sensaciones, teniendo por centro común el alma, atributo especial de la especie humana, y causa siempre activa de la perfectibilidad, se han reflejado, comparado y juzgado; y bien pronto todos los sentidos han sido llevados al socorro los unos de los otros, para la utilidad y bienestar del *yo mismo*, ó lo que es la misma cosa, del *individuo*.

La vista ha dado origen á la pintura, á la escultura y al espectáculo de toda especie; el sonido á la melodía, á la armonía, al baile y á la música, con todas sus ramificaciones y sus medios de ejecución; el olfato á la indagación, á la cultura y al empleo de los perfumes; el gusto á la producción, á la elección y á la preparación de todo lo que puede servir de alimento; el tacto á todas las artes y á todas las industrias.

Hagamos algunas reflexiones acerca del poder del gusto. Hemos visto que el amor físico ha invadido todas las ciencias; obra siempre con aquella tiranía que continuamente le caracteriza.

El gusto, la facultad más prudente, la más mesurada, aunque no menos activa, el gusto, decimos, ha conseguido el mismo fin con una lentitud que asegura la duración del éxito.

¿Cuál es la acción de los sentidos? vamos á verlo. Echemos una mirada general sobre el sistema de nuestros sentidos tomada en su conjunto, y veremos que el autor de la creación ha tenido dos objetos, siendo uno la consecuencia del otro; á saber: la conservación del individuo y la duración de la especie. Tal es el destino del hombre, considerado como ser sensitivo: á este doble fin se refieren todas las acciones.

La vista ve los objetos exteriores, revela las maravillas de que el hombre está rodeado, y le enseña que forma parte de un gran todo.

El oído percibe los sonidos, no solamente como sensación agradable, sino como advertencia del movimiento de los cuerpos que pueden ocasionar algún peligro.

La sensibilidad vigila para dar, por medio del dolor, aviso de toda lesión inmediata.

La mano, este fiel servidor, no solamente ha preparado su retirada, asegurando sus pasos, sino además dado la preferencia á los objetos que el instinto le hace creer á propósito para reparar las pérdidas causadas por el sostenimiento de la vida.

El olfato los explora, pues las sustancias deletéreas son casi siempre de mal olor.

Album pintoresco. 31

Entonces el gusto se decide, la dentadura se pone en acción, la lengua se une al paladar para saborear, y muy pronto el estómago da principio á la asimilación.

En este estado se hace sentir una languidez desconocida; los objetos se decoloran, el cuerpo se debilita, y los párpados se cierran: todo desaparece y los sentidos permanecen en un reposo absoluto.

Cuando el hambre despierta ve que nada ha cambiado en su derredor, y sin embargo, fermenta en su seno un fuego secreto, se desarrolla un nuevo órgano, y siente la necesidad de dividir su existencia.

Este sentimiento activo, inquieto, imperioso es común á los dos sexos; los reprueba, los une, y cuando es fecundado el germen de la nueva existencia, los individuos pueden dormir en paz; acaban de llenar el más santo de sus deberes asegurando la duración de la especie.

Tales son las miras generales y filosóficas que he creído deber ofrecer á mis lectores para llevarlos naturalmente al examen más especial del órgano del gusto.

SANTA SOFIA.

Santa Sofia es uno de los templos más célebres del mundo; es una de las tres personas de la trinidad arquitectónica del cristianismo, compuesta de San Pedro de Roma, San Pablo de Londres y Santa Sofia de Constantinopla.

Este magnífico templo, que alzara en otro tiempo Justiniano á la *Sabiduría*, es hoy la primera y más hermosa mezquita del islamismo.

En una capilla de este templo, de proporciones gigantescas, reposan las cenizas de Selim II, que restauró á Santa Sofia, la cual había padecido mucho durante su reinado por un temblor de tierra. Este sultán descansa allí al lado de Amurates III, su hijo. Allí se conserva un enorme rosario, cuyas cuentas son tan gruesas como nueces, y que servía al conquistador de la isla de Chipre. Antes de morir ordenó que se adornase con él su sepulcro. El uso de pasar las cuentas de los rosarios entre los dedos es general en Turquía. Diríase que este recreo no exige atención ninguna, sirviendo solo á fijar el pensamiento sobre operaciones especulativas de la más alta importancia. Así es que la pipa y el rosario son muy usados entre los turcos.

En esta iglesia se conserva en relieve un plano de la *Ciudad Santa*, en medio de la cual se distingue la *Caba*. La procesion de los peregrinos (*hadgis*), está figurada por clavos, cuyas cabezas pintadas imitan los turbantes de los piadosos viajeros.

No se debe salir del panteón de Selim sin pagar un tributo de admiración á dos magníficas ediciones del Korán. Son dos manuscritos en folio, trabajados con un exquisito gusto, y donde se ha desplegado todo el lujo quirográfico de los orientales. Los marcos, las orlas, los títulos, las viñetas, todo resplandece de carmin, azul y oro, ejecutado con tanta precisión, con tan prolija minuciosidad, que duda la vista si es una obra de la mano del hombre, ó una obra perfecta de la tipografía. Están cubiertos de una tela de seda, y colocados sobre pupitres de poca altura. Los que quieren rezar por los difuntos en sufragio de sus almas algunos pasajes del libro santo, se colocan de rodillas delante de estos

pupitres, salmodiando en voz baja y durante una hora su lectura.

El exterior de Santa Sofia no es magestuoso. Sofocado con edificios de todas clases que ocultan su belleza, no se ve sino su cúpula, sus cuatro minaretes ó torres de que está flanqueada, y desde donde se llama cinco veces á la oración á los sectarios de Mahoma.

Este templo pasa por una de las maravillas de la arquitectura. Los primeros objetos que se presentan á la vista en el interior de este gran templo, son dos banderas, plantadas sobre el púlpito por Mahometo II, y que están allí para legitimar su conquista. No se trata solamente de ocupar á Constantinopla, es preciso también apoderarse de las banderas de Santa Sofia, lo cual no es tan fácil.

En vano se busca algún signo que pueda caracterizar el culto primitivo á que fué consagrado este templo; el yeso y el cincel borraron todos los atributos que podían descubrir su antiguo destino. Empero los recuerdos son más duraderos que el mármol, y no hay necesidad de ver allí el nombre de Justiniano esculpido sobre una piedra, para saber que Justiniano lo consagró á la *Sabiduría divina*.

La historia de las vicisitudes de Santa Sofia es una ciencia popular. Nadie ignora que Leon y Sauriano, á imitación reciente del mahometismo, condenaron con encarnizamiento y fanatismo el culto de las imágenes, y que Copronimo manchó su nombre con mengua de las artes, haciendo mutilar y romper con su ciego fanatismo las obras maestras de escultura que brillaban en Santa Sofia. Se recuerda con amargura que Focio rompió el vínculo que unía el Oriente al Occidente, y que no pudieron reanudar las cruzadas. En fin, Mahomet II realiza la predicción del Profeta, colocando el Korán sobre su altar.

La imaginación se complace en resucitar al orgulloso Justiniano, que se lisonjeara de haber vencido á Salomón en magnificencia, sentado sobre un trono resplandeciente de oro y pedrería, al lado del papa Virgilio, en medio de esta basílica que creó, rodeado de doscientos obispos reunidos en concilio, y con el *Lábaro* en la mano para combatir los errores de Orígenes. Puede decirse que los reyes y los sacerdotes defendieron unánimes los derechos del hombre. Esta es una excepción única en los principios. Se sigue con un sentimiento de piedad á todos los concilios que han asistido allí contra los origenistas, y que no han sido más que esfuerzos de un valor ardiente que tendía á demostrar la verdad del cristianismo. Este poder, que era doble, tenía una acción y reacción con tanta fuerza por cada lado, que se siguió un cisma; empero por una nueva reacción se vió á Pedro el Ermitaño predicar en Santa Sofia, y si lo hubiera comprendido su siglo, las banderas de Mahomet II no se verían tal vez hoy en esta iglesia. Detrás del demagogo de la cruz llegan los caballeros franceses, cuyas armaduras de hierro chocan con las columnas de granito de Santa Sofia, para alzar á Balduino sobre el escudo imperial, haciendo resonar la nave de Santa Sofia con los gritos de ¡Dios lo quiere! En fin, se vierten lágrimas sobre su suelo, con el último romano que sale de él para pagar sobre una brecha la existencia de la nación con su vida.

Las revoluciones concluyeron. No hay ya más que contemplar á los sectarios de Mahoma, que se prosternan cinco veces por día en su recinto, y en quienes la fé

en Dios brilla no solamente en su culto sino en todos los actos de su vida. Es sabido que los musulmanes hacen cinco oraciones por día, y que no se dispensan jamás de ninguna; la primera es al alba; la segunda al mediodía; la tercera á la tarde; la cuarta á la noche, y la quinta tres horas después. Cada oración debe ser precedida del lavatorio de pies, manos y cara, á cuyo efecto hay numerosas fuentes alrededor de las mezquitas. Los días de gran solemnidad hay costumbre de hacer tres salvas por día.

Santa Sofia, como las ciudades reales, ha cambiado muchas veces de dinastía. A su vez ha sido católica, iconoclasta y cismática; hace cuatro siglos que es mahometana, y es probable que la política de la Europa civilizada no la hará sufrir tan pronto una nueva transformación. Empero cuando se cumplan los tiempos, cuando llegue la época, que ha de llegar necesariamente, en que el czar de todas las Rusias ponga su capital en Constantinopla, entonces en el altar de Santa Sofia tornará á brillar otra vez la cruz de Cristo.

Como obra del arte, Santa Sofia no es un prodigio; su belleza es más ideal que objetiva; se admira más su esplendor antiguo que su estado actual; no le queda más que la veneración y el respeto que inspiran su vejez y su memoria. Santa Sofia es el resumen vivo de los anales religiosos y políticos de trece siglos.

La fuerza intelectual sucede al poder físico; pero la primera se encuentra siempre latente ó combinada con la segunda. Todos los pueblos han tenido su épopeya monumental; las pirámides de Egipto; el templo de Diana en Efeso, Santa Sofia, la Alhambra y San Pedro, son brillantes páginas que marcan los límites del poder moral de los egipcios, los griegos, los romanos, los moros y el pontificado.

El ornamentismo se despliega por todas partes en Santa Sofia, pero siempre bajo formas que hacen ver que la época de su fundación está más cerca del apogeo del imperio romano que de su decadencia. Casi todos sus muros se hallan incrustados de cubos de vidrio, dorados ó pintados, que ofrecen dibujos de una frescura constante. Los turcos, implacables enemigos del antropomorfismo, han borrado escrupulosamente todas aquellas partes en donde se veían representadas figuras humanas. Sin embargo, aun se ven cuatro querubines en mosaico, que están en un estado miserable. Hasta los cristales de las vidrieras en donde se veían pintadas algunas partes del cuerpo humano, los han arrancado los turcos llevados de su fanatismo. Muchos europeos compran pedazos de los que conservan los custodios del templo, para llevar alguna reliquia de tan célebre monumento.

Los inmensos trozos de mármoles preciosos que los templos del paganismo suministraron á Santa Sofia, dan una idea más alta de la magnificencia de los paganos que del gusto de los cristianos del quinto siglo. La debilidad del arte se deja ya conocer en la riqueza de los materiales, sobre todo en los capiteles de las columnas, en donde el acanto griego está sustituido por otros adornos menos nobles. Los cultos no se revistieron en todos tiempos sino de restos. El paganismo entregó sus restos á Santa Sofia, y el cristianismo vistió más tarde con ellos la *Mosquea de Soliman*.

Santa Sofia es un antiguo vestido cubierto de remiendos, donde se ve el gusto de todos los que lo han usado; empero es-

tos remiendos no impiden conocer la magnífica y espléndida toga romana. La iglesia de Justiniano ha tenido la desgracia de sufrir muchas reparaciones que no han hecho mas que degradarla; las restauraciones en los tiempos de la decadencia son verdaderos ultrajes.

Doce mosqueras imperiales hay en Constantinopla; pero indudablemente la primera y mas célebre es Santa Sofia. Concluirémos este artículo con las palabras que lo hemos comenzado: Santa Sofia es la tercera persona de la trinidad arquitectónica del cristianismo; es la iglesia mas bella del mundo despues del San Pedro de Roma y del San Pablo de Londres.

LOS PIRATAS DE CILICIA

(Año de Roma 675.)

(Continuacion).

Cada navío iba armado con dos espolones de bronce, y habíase dado mas elevacion á sus bordes poniendo haces y tegidos de varas y mimbres para que sirviesen de trincheras á los combatientes; los costados, con solo una fila de remos por banda, estaban decorados con pinturas de vivísimos y brillantes colores y preciosos metales. La escuadra avanzaba formando media luna, guardando la distancia conveniente para poder maniobrar. La galera almiranta recorría con velocidad la línea, distinguiéndose de las otras por el buque que la escoltaba, aunque fuera de la línea, y todavía mas por su casi fabulosa riqueza; sus velas y jarcia estaban teñidas de púrpura de Tiro. En sus banderas campeaban mil caprichosos bordados recamados con perlas, y sobre la popa ostentaba sus elegantes formas una tienda de campaña construída con las mas ricas telas de Egipto. Lo restante del buque estaba recargado con tan variadas y preciosas esculturas como la mas bella copa cincelada por Evandro. Gruesos cables de seda sostenían dos áncoras de plata maciza; los remos, mástiles y antenas estaban embutidos con labores de oro, y la inmensa alfombra de Persia cubría todo el puente y colgaba hasta tocar en el agua.

Tan soberbio espectáculo habia petrificado á los romanos; Salvus, que habia mandado amainar las velas del Didymo para evitar un choque con los buques enemigos, estaba junto á ellos; pero no podia ocultar su admiracion: el instinto é inclinaciones marinas del viejo piloto, sucumbian, por decirlo así, ante tanta riqueza, y estaba mas atento á la belleza y encantos de los buques enemigos, que sobresaltado por el ataque que se preparaba, además de que no pudiendo hacer cosa alguna para evitarlo, aguardaba la muerte con la firme resignacion de los valientes, acostumbrados á mirarla cara á cara sin volver la espalda.

Informó á los romanos que aquella flota era la del cartaginés Isidoro, el mas poderoso y aguerrido de todos los cilicianos, y les hizo observar de nuevo su galera almirante, mas maravillosa aun por su construccion que por su riqueza, y que atendida su ligereza no podia haber sido construída con madera de ciruelo silvestre ni con la de cedro de Africa, sino únicamente con la del pino de Sanir.

El palo mayor, sólidamente apoyado sobre otro oblicuo, sostenía una antena levantada por las dos estremidades; la vela, que guardaba proporcion con las dimensiones del buque, pues era el tercio de su ancho, estaba recogida en otra antena inferior que ponía en movimiento un torno. En vez de estos que gravitaban sobre las dos estremidades de los *baris* egipcios, la galera cartaginesa solo llevaba dos aposentillos destinados para los vigías, y en lo alto del palo mayor una ancha gavia llena de arqueros y honderos.

Salvus hizo que los pasajeros del Didymo reparasen en los cortos remos de encima de Basan que estaban fijos en escalamos de bronce: lo único que reprobó fueron los dos timoneros colocados á derecha é izquierda de la popa.

—En efecto, dijo Lelio: ved allí otras naves en que un solo marinero hace de gefe y de piloto.

—Aquellos, contestó Salvus, son navíos rodios, porque parece que todas las naciones marítimas han concurrido á aumentar la flota de Isidoro; detrás de su galera podeis ver á los fenicios con sus velas encarnadas; hácia el medio del centro están los griegos, los paslagonios, los tracios, y algunos pequeños buques que han venido de Sicilia y la Apulia; á la otra estremidad bogan los *baris* de Egipto, que se distinguen por sus velas de papiro guarnecidas con campanillas, y por sus banderas tricolores; en fin, en las últimas filas á retaguardia avanzan grandes barcas galas, cuyas velas de cuero están teñidas de color azul de mar.

Mientras que el viejo piloto hacia esta esplicacion, la flota continuaba avanzando con el mismo orden: el ala derecha habia tomado la delantera al Didymo, cuando replegándose por medio de una maniobra tan atrevida como bien convinada, se unió al ala derecha que á toda vela volaba á su encuentro dejando sitiado al navío bitiniano dentro de un círculo imposible de romper.

Salvus que habia seguido con la vista este movimiento con un interés por decirlo así involuntario, se cogió la barba y dijo entre dientes:

—Los archeros de Siria no gobiernan con mas destreza sus caballos: ¡la mar es de los cilicianos!

Entretanto la galera almirante se habia separado del semi-círculo, y llegando á la popa del Didymo dió media vuelta con la mayor celeridad y se situó unida borde con borde. Los marineros bitinianos habian caído de rodillas levantado las manos plegadas con ademán suplicante: los esclavos se tapaban las caras con las puntas de sus túnicas. Mas Salvus, que habia acudido diligentemente al puente provisional que habian echado los piratas, tenía con ellos vivas contestaciones en lengua púnica: volvió pronto á donde estaban los romanos para anunciarles que pasasen á bordo de la galera ciliciiana.

Los cuatro le siguieron silenciosos y se presentaron á Isidoro que estaba en pie cerca de la vasta cámara construída al pie del árbol mayor. Aunque sus facciones revelaban su origen africano, su traje era griego y cubría la cabeza con el *pallium*. Á sus pies tenía un haz desatado de venablos siriacos, y apoyaba la diestra sobre un tridente dorado con cabo de ébano. Habiéndole dicho Salvus que el Didymo venia de Creta y se dirigía á Chipre, creyó que sus prisioneros eran griegos, y se sirvió del dialecto jónico para preguntarles quienes eran.

El jóven patricio contestó:

—Somos huéspedes del rey Nicomedes tu aliajo.

—Ya no lo es, dijo Isidoro, desde que sus bageles han rehusado pagarme el tributo.

—¿Segun eso Neptuno ha abdicado en tus manos el dominio de la mar? preguntó el romano con festiva llaneza.

—Neptuno, no, respondió el corsario, pero si el Todopoderoso Mathra solo dios á quien adoran los cicilianos.

—E igualmente es sin duda él tambien el que te ha cedido los derechos de Apolo y Esculapio, pues vienes de recoger la herencia de Epidauro y Claros.

Esta alusion á los dos templos saqueados recientemente por los cicilianos, hizo sonreír á Isidoro, pero esto fué como una nube pasajera, porque inmediatamente replicó con acento brusco y cierta especie de énfasis:

—¿Quién le ha dado al rey Nicomedes el derecho de surcar nuestros mares con sus bageles? ¿No es suyo el Ponto Euxino y el Helesponto que no le hemos vuelto á pedir todavía? ¿De dónde le viene el privilegio de atravesar impunemente los dominios que labran las proas de nuestras galeras?

—Por eso no quede, replicó el proscrito, y pues te has hecho el Cancerbero del estrecho ciliciiano, nosotros no nos negaremos á pagarte por el derecho de pasaje la torta de harina y miel.

Los ojos de Isidoro centelleaban bajo su *pallium* de púrpura: la libertad del jóven que desde el principio le habia sorprendido, acababa de herir su amor propio; percibía bajo aquella indiferente ligereza el orgullo que desprecia é insulta: arrugó el entrecejo y su mano apretó con fuerza el dorado tridente sobre que se apoyaba.

(Se continuará).

LA INSPIRACION PRIMERA.

Á LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

En esa edad de rápida ventura
Que mil recuerdos á la mente ofrece,
Dó en su oriente feliz con luz mas pura.
El sol de nuestra vida resplandece;

Y el reptil de la duda no encadena
El corazón con sus siniestros giros,
Ni le oprime una atmósfera de pena
Que exhala en melancólicos suspiros;

En esa edad recuerdos me contaron
Pábulo dando á mi ambicion temprana
De historias de los siglos que pasaron
Y nuestro siglo en repetir se afana.

Citáronme esos nombres que se ofrecen
A los ojos del alma fascinados
Que en la pasada historia resplandecen
Por la luz de su gloria iluminados.

Me hablaron de tiranos y de reyes
Que al mundo dieron cual funestos dones
Absurdos ritos, caprichosas leyes
Escritas sobre escombros de naciones.

Y de poetas que en solemne coro
De Dios la altura y del mortal la mengua
Al son cantando de sus harpas de oro
Hablan al hombre en su inspirada lengua.

Y por la noche ante mis ojos luego
Pasar sin fin y repasar veía
Escritos con caracteres de fuego
Los grandes nombres que aprendí de día.

¡Cuántas veces de incógnitas pasiones
Sentí en mi pecho el palpar primero
Al mezclar á mis puras oraciones
El son profano del cantar de Homero!
¡Cuántas veces del mar el sordo ruido
En sus orillas contemplando á solas
Crejera adivinar algún sentido
En el rugir de sus revueltas olas!
¡Cuántas veces el carro soberano
Del sol seguí buscando por la esfera
De las ardientes líneas el arcano
Que traza en su magnífica carrera!
¡Cuántas quiso mi mente algún acento
Inefable y armónico escuchar
En los sonidos que derrama el viento
Por las quebradas peñas al rodar!
Algunas veces mi turbada mente
Lanzaba algunos rayos luminosos;
Algunas veces de mi labio ardiente
Se escapaban sonidos misteriosos.
Mas no puedo á la faz del mundo entero
Espresar mis magníficas locuras;
Falto de luz por mi fatal sendero
Seguí llorando y caminando á oscuras.
Mas hubo una muger que dulce y bella
Me animó con la luz de su mirar,
Del alma errante luminosa estrella,
Inspiración de mi primera cantar.
Y fué mi canto inspirador, suave,
Como el primer perfume de la flor,
Cual los primeros cánticos del ave,
Cual el suspiro del primer amor.
Hechicera beldad, tú que me creas
Un eden de delicias y pasiones,
Tú que diste expresión á mis ideas,
Y ser á mis fantásticas visiones;
Cuando mi lira destemplada y rota
Ni un eco de placer deje siquiera
Sabe que siempre su postrera nota
Recordará mi inspiración primera.

TEATRO.

Los persas, los asirios y los egipcios tuvieron sus juegos, sus corridas, sus bailes, sus diversiones, en una palabra, sus fiestas ó espectáculos públicos; pero los griegos fueron los primeros que tuvieron teatros: á ellos se debe el origen, la representación teatral, y su invención. Puede fijarse la época de la comedia hácia el año 590 antes de Jesucristo. Estos espectáculos solo se verificaban en ciertos tiempos del año, y particularmente en la época de la celebración de las fiestas de Baco. Thespis, entre los griegos, fué el primero que para representar sus composiciones, llevaba á los actores en un teatro ambulante que no era otra cosa que un carrozato. Esquiles construyó después un teatro sobre caballetes de madera, y lo adornó con decoraciones conducentes al objeto. El primer teatro que se hizo en Atenas fué de madera; pero habiéndose hundido de repente un día que estaba demasiado lleno, obligó á los atenienses á construir uno de piedra. Tal fué el origen de aquellos magníficos teatros que se vieron en todas las ciudades de la Grecia, exceptuando Lacedemonia, cuya idea había suministrado Sófocles á sus conciudadanos. Los griegos daban á sus teatros la figura de las naves de nuestras iglesias: su recinto era circular por una de las estremidades, y cuadrado por la otra: el semicírculo estaba ocupado por los espectadores, colocados en gradas circulares que se elevaban á manera de anfiteatro, formando otras muchas situadas unas sobre otras hasta el remate del edificio, y la parte cuadrada de este servía para los actores y la escena. Los teatros de los griegos,

dice Mr. Schlegel, estaban enteramente descubiertos: los espectáculos se representaban de día y á campo raso. La costumbre de dar estas funciones en los edificios debe atribuirse á la influencia del lujo, desconocido probablemente por los griegos, é introducido mas tarde entre los romanos. Estos teatros descubiertos nos parecen muy mal ideados, pero los griegos no estaban acostumbrados á la molición, y debe tomarse en cuenta la templanza de su clima: si sobrevenia una tempestad ó un huracán se suspendía la representación, y querían mas bien sufrir algunas incomodidades pasajeras, que turbar el esplendor puro y solemne de una fiesta religiosa, encerrándose en un edificio oscuro. Algunos críticos modernos han exagerado mucho, á lo menos por lo que toca á la tragedia y á la comedia antigua, los inconvenientes que resultaban para los actores de colocar el lugar de la escena frente de las casas, y se han detenido mucho sobre las inverosimilitudes á que esta disposición daba lugar. Los griegos, segun el actual uso de los pueblos meridionales, vivían mas en campo raso que nosotros, trataban en él de todos los negocios de la vida, de los que solo nos ocupamos en nuestras propias casas. Por otra parte la escena no se representaba en la calle sino en una especie de patio que pertenecía al edificio, que era el sitio del altar, en donde se hacia el sacrificio á los dioses penates. Las mugeres griegas, que vivían tan retiradas, y aun las que no estaban casadas, podían tambien concurrir. Los teatros de los antiguos, en comparación de los nuestros, estaban sobre una escalera colossal. Era preciso que cupiesen en ellos á la vez todos los ciudadanos, asi como los extranjeros que iban en tropel para asistir á las fiestas, queriendo aumentarse sin duda la magestad de la escena, colocándola á una grande distancia. Los asientos de los espectadores consistían en gradas que se elevaban á medida que se iban alejando del círculo de la orquesta.

Se compensaba con mucho arte la disminución del efecto que producía la distancia, permitiendo á los actores máscaras hechas espresamente para esforzar la voz, y que levantasen su estatura segun el uso de aquellos tiempos. Vitruvio hace tambien mención de ciertos vasos sonoros, colocados en diferentes partes del edificio; pero los comentaristas no están de acuerdo en este punto. En general se sabe que los teatros de los antiguos no fueron construidos segun los principios de la acústica: la grada mas baja del anfiteatro estaba colocada en frente de la escena y al mismo nivel: la orquesta ó el sitio destinado para el baile, en forma de semicírculo y profundamente encajonado debajo de esta última grada, la cual tenía un uso particular, sin consentir en ella á los espectadores.

No sucedía lo mismo entre los romanos, pues la escena consistía en una plataforma que se extendía de un lado á otro del teatro, y que tenía muy poco fondo en comparación de su anchura, por lo cual se le llamaba *logeum* y en latin *pulpitum*. Los actores principales ocupaban por lo regular el centro, y mas atrás del sitio en que se ponían, presentaba la escena una hondonada de forma cuadrangular, pero siempre mas ancha que larga, llamada *proscenium*. La parte restante del *logeum* á derecha é izquierda de la escena, terminaba hácia el lado de los espectadores por un borde inclinado que descendía hácia la orquesta, y algo mas distante por una

pared simplemente decorada, la cual se elevaba hasta la altura de las gradas mas distantes del anfiteatro. Las decoraciones estaban dispuestas de modo, que el objeto que debía principalmente atraer las miradas y presentarse de mas cerca, ocupaba el centro de aquellas, mientras que las perspectivas se hallaban esparcidas por los dos lados. Observábanse reglas fijas sobre este punto: á la izquierda se hallaba representada la ciudad, á la cual pertenecía el palacio, templo ó edificio cualquiera del centro de la escena, y á la derecha la campiña, los árboles, las montañas, las playas del mar.

Las decoraciones laterales estaban junto á unos tabladillos de tres frentes, que giraban sobre un eje, con cuyo artificio ejecutaban los cambios de escena. Es verosímil que colocasen en el fondo del teatro muchos objetos que nosotros tenemos costumbre de imitar por medio de la pintura. Cuando la escena representaba la fachada de un templo ó de un palacio, erigían por lo regular en el proscenio un altar que la mayor parte de las composiciones antiguas hacían indispensable por ciertos miramientos: las decoraciones imitaban comunmente las partes de arquitectura; pero tambien presentaban alguna vez verdaderas pinturas de paisajes. En *Prometeo*, por ejemplo, representan el Cáucaso: en *Filoctetes*, la isla desierta de Lemnos con todas sus rocas y una gran caverna: puede inferirse de un pasaje de Platon, que los griegos eran mucho mas hábiles en el arte de las ilusiones de la perspectiva teatral de lo que se les ha querido hacer, segun algunos malos paisajes descubiertos en el Herculano. Había en el fondo de la escena una grande entrada y dos pequeñas á su lado. Se ha creído que era fácil juzgar por la manera con que se presentaba un actor, de la importancia de su papel; porque los principales personajes eran los únicos que entraban por la puerta del centro; esto es cierto en general; pero la naturaleza de algunas piezas exigía algunas veces que lo verificasen por otro punto.

Cuando el centro de la escena representaba un palacio, habitado por la familia real, los príncipes y las princesas, debían, en efecto, entrar en el teatro por la puerta principal de aquel, y los personajes subalternos por las puertas que pertenecían á otros edificios de menos apariencia. Había tambien otras dos entradas para los actores, las cuales indicaban el lugar por donde se consideraba que el actor se habia de presentar: la una estaba á la estremidad del *logeum*, destinada para aquellos que llegaban de la ciudad, representada en la decoración lateral: la otra á la estremidad opuesta, cerca de la música, para los que volvían de un viage, los cuales subían entonces la escalera que conducía de la orquesta al *logeum*. Los personajes principales se veían, pues, alguna vez en la precisión de servirse de estas entradas de frente. Su situación nos explica el modo con que los actores, colocados en medio de la escena, podían frecuentemente en los dramas antiguos, ver llegar un nuevo personaje mucho antes que se acercase á ellos. Bajo las gradas del anfiteatro había una escalera que se llamaba la escalera de Caron porque estaba destinada para las sombras de los muertos. (Se continuará.)

MADRID. 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.